

su clero. Se ordenó el pueblo en dos coros: los hombres con los monjes, y las mujeres con las vírgenes del monasterio. San Gregorio y el obispo diocesano cargaron con el ataúd donde reposaba el santo cuerpo, ayudados de los dos principales del clero. Dos filas de diáconos y de ministros iban delante del cuerpo con hachas de cera encendidas. Cantaban salmos á una voz, de un extremo á otro de la inmensa procesion. La multitud era tan grande, que no podían caminar sino con mucha lentitud; de modo que fué necesario emplear cuasi todo el dia para recorrer la distancia de una legua, que separaba el monasterio del lugar de la sepultura. Esta era la iglesia tan célebre de los *Santos cuarenta mártires*, á la que profesaba una devocion especial toda la familia de la Santa. Su padre Basilio y su madre Emelia estaban sepultados en ella. Cuando llegaron á la iglesia, San Gregorio hizo abrir la tumba de su familia, y ayudado del obispo colocó el cuerpo de Santa Macrina, como ella lo habia deseado, junto al cuerpo de Santa Emelia, su madre. Concluido todo, se postró San Gregorio sobre la tumba, y con una veneracion profunda besó el polvo de ella. Tenemos estas particularidades tan edificantes, del mismo San Gregorio de Niza, que se hizo el historiador y el panegirista de su santa madre y de su santa hermana, y que en nombre de la Iglesia, y en compañía de otros ministros de la Iglesia, les tributó los más grandes honores. Estos homenajes eran debidos con justicia á aquellas dos mujeres, que habian formado á dos doctores de la Iglesia, y que habian dado á la Iglesia una legion de santos.

§ XX.—Continuacion del mismo asunto.—Cómo Antusa educó á San Juan Crisóstomo, su hijo.—Santa Olimpiades y otras santas mujeres compañeras suyas.—Sus virtudes, su afecto sublime á San Juan Crisóstomo y á la Iglesia.—Santa Olimpiades encargada por su santo obispo del cuidado de la Iglesia de Constantinopla.—San Juan Crisóstomo fué sostenido y justificado sólo por la Santa Sede y por las mujeres.

San Juan, llamado despues Crisóstomo, ó Boca de Oro, por su admirable elocuencia, debió tambien al amor cristiano de Antusa, su madre, sus sublimes sentimientos de fe, el desarrollo de todas las facultades y, en una palabra, todo cuanto contribuyó á hacerlo tan grande en la Iglesia. Habiendo quedado viuda Antusa á la edad

de veinte años, renunció á un nuevo matrimonio, que la hubiera hecho feliz segun el mundo, para consagrar todos sus cuidados y toda su vida á la educacion de su hijo único. Su primer cuidado fué el de grabar profundamente en el alma de su hijo los principios de la religion, el amor á la pureza, el desprecio de las cosas de la tierra y el deseo de los bienes del cielo. Al mismo tiempo nada omitió, ni áun las más duras privaciones, para atender á los gastos de la instruccion de su hijo en la Retórica, en la Filosofía y en todas las demas ciencias. Dios bendijo los sacrificios de esta madre cristiana. Siendo Juan todavía jóven, se hizo admirar por su alejamiento del mundo y por su amor á la soledad, adonde iba á refugiarse, á pesar de su madre, que, creyendo ver en su hijo una lumbrera capaz de esparcir un dia una gran luz en la Iglesia, no podia resignarse á verle ocultarse bajo el celemín de la vida monástica.

San Juan Crisóstomo dice que las mujeres pueden tomar parte, lo mismo que los hombres, en los combates por la causa de Dios y de la Iglesia. (Epist. 124, *ad Ital.*) Pues bien, la vida entera del mismo Santo es prueba brillante de la verdad de esta observacion. Educado por una mujer con la mayor perfeccion, las mujeres fueron tambien quienes le hicieron conocer y apreciar, y quienes le hicieron elevarse al lugar, que le correspondia, de la primera silla episcopal de la Iglesia, despues de la de Roma; ellas tambien participaron de sus luchas, y le sostuvieron en sus combates por la causa de Dios y de la Iglesia. Su madre, que vivia aún, viéndole obligado por la córte á transigir con el cisma, le exhortó valerosamente á que se desterrase por su voluntad, ántes que hacer una cosa indigna de un obispo católico. (Chrysost., Epist. 137.)

Existia en Constantinopla una jóven de un elevado nacimiento, inmensamente rica, recomendable por su rara belleza, y mucho más por los conocimientos de toda especie que adornaban su espíritu, y por todas las virtudes cristianas que embellecian su corazón. Habiendo quedado viuda de Membridio, prefecto de la capital del Imperio, á los veinte meses de su matrimonio, Olimpiades, que éste era su nombre, resolvió no tener en adelante más esposo que Jesucristo, más hijos que los pobres, ni más objetos de sus cuidados y de su afecto que la Iglesia, á la que se dedicó totalmente, despues de haber recibido la imposicion de las manos de las diaco-

nisas. Así es que, cuando el Emperador quiso casarla con Elpidio, uno de sus propios parientes, ella lo rehusó, diciendo: «Si Dios hubiera querido que yo viviese con un hombre, no me hubiera quitado á mi esposo. Su muerte me indica suficientemente que Dios no me ha creído á propósito para tales obligaciones.» Irritado el Emperador con tal repulsa, mandó al prefecto de Constantinopla que quitase á la jóven viuda la administracion de todos sus bienes, que la pusiesen bajo la tutela más rigorosa, y que la molestase de mil maneras hasta que consintiese en el matrimonio que se le habia propuesto. Però Olimpiades, en un noble y hermoso cuerpo, poseía un alma noble y bella, con toda la nobleza y con toda la belleza de los principios y de las esperanzas de la fe. Ella, por consiguiente, dió esta respuesta al Emperador: «Señor, por las disposiciones que habeis tomado respecto á mí me habeis mostrado una bondad digna de un emperador y una caridad digna de un obispo, porque es una felicidad para mí hallarme libre de la pesada carga de mis bienes, que me tenía abrumada. Vos obraréis todavía mejor si mandais que se distribuyan á los pobres y á las iglesias, porque hay ya mucho tiempo que temo envanecerme de esta distribucion, ó de adherirme á los bienes temporales con perjuicio de las riquezas eternas.» Movido el Emperador por esta sencilla pero sublime respuesta, é informado de su modo de vivir, revocó sus órdenes, y le volvió la administracion de sus bienes.

Paladio, que nos ha trasmitido estas particularidades, nos hace tambien de Santa Olimpiades el retrato que sigue: «Ella no comía nada que hubiera tenido vida; obligada á tomar baños por sus indisposiciones del estómago, entraba en el baño con su túnica puesta; sus vigiliass eran largas, su humildad extrema, su caridad sin límites; ella visitaba á los enfermos, asistía á los huérfanos, á las viudas y á los ancianos, y protegía á las vírgenes. Ella daba limosnas á las iglesias, á los hospitales, á los presos y á los desterrados; ella redimía á los cautivos y distribuía sus riquezas por toda la tierra. Ella fué honrada con la amistad de muchos santos obispos, entre otros, los dos hermanos de San Basilio, San Gregorio de Niza y San Pedro de Sebaste, San Anfiloquio y San Optimo, obispo de Antioquia, que murió en Constantinopla, y á quien ella cerró los ojos. Ella hizo tambien los más grandes servicios á Acasio y á Severino, que despues se convirtieron en sus perseguidores. Però especial-

mente San Juan Crisóstomo, desde que fué patriarca de Constantinopla, encontró en esta incomparable mujer la discípula más afectada á su persona, la vengadora más intrépida de su ortodoxia, la más activa auxiliar de su ministerio en toda clase de buenas obras, y la compañera más fiel de sus triunfos. Ella le descargó del cuidado de su alimento, porque el santo obispo no tomaba cosa alguna de las rentas de la Iglesia, y recibía diariamente de ella sus alimentos, para poder ocuparse únicamente de la salvacion de los demas. Al mismo tiempo Santa Olimpiades sostenía el valor y excitaba el celo del clero, instruía á los infieles, espía las tramas de los herejes, deshacía sus intrigas, descubría sus errores, é indicaba á su primer pastor los lugares donde debía fijar la atencion, y que debía castigar con el poder de su palabra y con la fuerza de su autoridad. Ningun apostolado de mujer fué más fecundo ni más eficaz. Despues de haber admirado en San Juan Crisóstomo á uno de los padres más grandes de la Iglesia, no puede ménos de admirarse en Santa Olimpiades á una de las madres más fervorosas de la misma Iglesia.

Nectario la consultaba sobre los negocios de la Iglesia, y á ella en particular, y á sus santas compañeras, encomendó San Juan Crisóstomo, al partir para su destierro, el rebaño de la Iglesia, que iba á ser devorado por los lobos, á causa del patriarca intruso y cismático que le habia sustituido en la silla de Constantinopla. Á Santa Olimpiades se habian asociado otras muchas viudas y vírgenes de distincion, en la gran obra de sostener, bajo la direccion del clero, la fe católica en Constantinopla, en unas circunstancias tan difíciles. Tales eran, entre otras, Santa Pentalia, viuda del cónsul Timaso; Santa Silvia, viuda de Nembridio; Prócula y Sabiniana, todas cuatro diaconisas; tales eran tambien Basiana, Calcidia, Asintricia, á quienes las cartas de San Juan Crisóstomo nos han dado á conocer, y Santa Nicarades, virgen, de una de las familias más nobles de Nicomedia, tan célebre por su caridad en socorrer con su persona y sus bienes á los pobres enfermos, y más aún por su humildad, pues á pesar de las muchas instancias que le habia hecho San Juan Crisóstomo, jamas habia querido ser elevada, por creerse indigna de ello, al grado de las diaconisas, ni aceptar la direccion de las *vírgenes eclesiásticas*, es decir, de aquellas vírgenes consagradas á Dios que no estaban encerradas en los conventos, sino

que vivian en casa de sus padres, y cuyo catálogo tenia la Iglesia.

En el momento de dejar San Juan Crisóstomo su ciudad episcopal, y despues de haber dado á su clero el beso de paz con lágrimas en los ojos, pasando á la capilla del presbiterio, donde estas santas mujeres se encontraban reunidas, les dijo: «Venid, hijas mias, y escuchadme. Mi fin se acerca, segun creo; yo he terminado mi carrera, y tal vez no me volveréis á ver. Lo que exijo de vosotras es que vuestro afecto á la Iglesia no disminuya; que contineis sirviendo á la Iglesia con el mismo ardor y el mismo cuidado, y que cuando alguno haya sido ordenado (patriarca de Constantinopla), sin haberlo solicitado, y por el consentimiento de todos, inclineis la frente ante él como ante mí; porque la Iglesia no puede estar sin obispo. Y como vosotras quereis que Dios os conceda su misericordia, acordaos de mí en vuestras oraciones.» En los dias que precedieron á la partida del santo pastor para su destierro, como muchas veces habian atentado contra su vida, estas admirables mujeres organizaron una guardia, compuesta de los más celosos del pueblo, dividido entónces en diversos bandos, que se sucedian los unos á los otros, y velaban dia y noche al rededor del palacio episcopal.

Á pesar del secreto que se habia guardado acerca del lugar del destierro del santo obispo, y del camino que debia seguir para ir á él, Santa Olimpiades lo averiguó todo, y tomó tales disposiciones, que el Santo encontró en todas partes un alojamiento decoroso entre personas de distincion, y fué reconocido y honrado en todas partes como el hombre más grande de la Iglesia y el más noble confesor de la fe. No contenta Santa Olimpiades con haberle suministrado el dinero que necesitaba al tiempo de su partida, tomó sus disposiciones para donde quiera que llegaba lo encontrase en tanta abundancia, que, como él mismo nos lo dice en su carta á la gran señora Carteria (Epist. 183), no sólo podia atender á todas sus necesidades, sino tambien socorrer á los pobres y redimir á los cristianos cautivos, á quienes enviaba libres á su patria. Habiendo sabido Santa Olimpiades que el venerable anciano sufría muchos trabajos durante su camino, por el rigor de la estacion, y mucho más por la ferocidad de sus guardias, envió á la diaconisa Sabiniana para que le buscase, le siguiese por todas partes, y se quedase para cuidar de él. Sabiniana llegó en efecto á Cucusa, en Armenia,

en el desierto del monte Tauro, el mismo dia que San Juan Crisóstomo, despues de setenta dias de un penoso viaje, y no lo abandonó hasta su muerte. El clero del lugar recibió á esta noble virgen con los testimonios del mayor respeto y de la mayor veneracion. ¡Cuán bello era ver entónces á aquellas mujeres católicas, consagradas con tanta abnegacion á conservar la vida de su legítimo pastor, á quien el furor de una mujer hereje, la emperatriz Eudoxia, perseguia de muerte, y en cuyo favor nada se atrevian á hacer los hombres! Esto es, sin embargo, lo que sucede siempre. Los confesores de la fe encuentran siempre en el camino á la mujer católica para que los consuele, porque Dios le ha dado, entre otras, esta noble y benéfica mision.

Su viaje, pues, fué más bien una marcha de triunfo que un viaje de destierro. Los obispos, el clero y los católicos de los lugares por donde pasaba salian á su encuentro á la distancia de muchas leguas, y se postraban á sus piés. Pero los testimonios más afectuosos y más respetuosos le fueron tributados por las mujeres. Cuando entró en Capadocia, las vírgenes consagradas á Dios de toda la comarca salieron á su encuentro, llorando y diciendo: «Mejor fuera que el sol hubiera retirado sus rayos que ver la boca de Juan en silencio.» (S. Chrysost., Epist. 143.) Los agentes y los administradores de las señoras de Constantinopla salian tambien á su encuentro, ofreciéndole toda clase de consuelos, segun las órdenes que habian recibido de sus señoras. Saliendo de Cesárea en una litera, como se hallase muy fatigado, la viuda Seleucia, señora principal de la ciudad, le obligó á detenerse en una casa suya á cinco millas de distancia, haciéndola rodear por sus criados para custodiar al Santo.

Mas para aumentar la gloria de estas admirables mujeres, dispuso Dios que al mérito de haber consolado á su obispo pudiesen añadir el de participar de su martirio. El mismo dia de la partida del noble confesor se prendió fuego al palacio episcopal, sin que jamas se pudiese saber cómo, y fué reducida á cenizas la iglesia, con los edificios contiguos á ella, excepto una pequeña sacristía, donde se conservaban los vasos sagrados. Desde la iglesia las llamas atravesaron la plaza, sin hacer daño ninguno al pueblo, ni tocar ninguno de los edificios que encontraron al paso, y prendieron en el palacio del Senado, teatro de todas las injusticias, y lo reduje-

ron á pavesas. Un incendio tan inteligente era sin duda alguna milagroso; era un efecto de la venganza divina por el crimen del destierro del más grande hombre de la Iglesia. Sin embargo, la corte quiso echar la culpa á sus amigos, para poder aprisionarlos y matarlos con este pretexto. Los amigos de San Juan Crisóstomo eran todos los cristianos de Constantinopla, que por lo mismo eran el blanco del odio de los cismáticos, que los perseguían y los ridiculizaban con el apodo de *juanistas*. Santa Olimpiades estaba á la cabeza de ellos. Ella fué presa la primera en compañía de Santa Pentalia, que llevada ante el tribunal, en la plaza pública, para ser interrogada acerca del incendio, dijo: «Yo no he vivido de tal manera que pueda ser sospechosa de haber puesto fuego á la iglesia, supuesto que he empleado mis bienes en multiplicar y restaurar las iglesias.» Confundido el magistrado con esta respuesta, que la nobleza y la dignidad de la acusada hacían más imponente, afectando un tono dulce y suave, principió á aconsejarla que comunicase con el obispo intruso. Olimpiades le respondió: «Por más que hagais, no entraré jamás en una comunión que la religión me prohíbe.» Santa Pentalia y las demás piadosas mujeres de la asociación del pastor desterrado respondieron con la misma firmeza y con el mismo carácter, por lo cual se las absolvió de la demanda, temiendo al pueblo que comenzaba á amotinarse en defensa de aquellas santas é ilustres matronas, á quienes miraba como el más bello adorno de la ciudad de Constantinopla, y como la gloria de la Iglesia.

En consecuencia de este proceso, Santa Olimpiades y Santa Pentalia creyeron que, para conjurar la tormenta que iba á estallar sobre los católicos, sus hermanos, sería prudente retirarse de Constantinopla por algún tiempo. Pero habiendo sabido esta resolución San Juan Crisóstomo, que no estaba todavía lejos de esta ciudad, les apartó de su propósito por una carta que les dirigió, en la que les decía que «su presencia era necesaria donde se hallaban, para animar y asistir á los perseguidos.» (Epist. 19.)

En efecto, ninguna persecución fué más hipócrita ni más cruel al mismo tiempo que la que el patriarca usurpador Acacio, de acuerdo con el príncipe opresor, hizo á los católicos de Constantinopla que habían permanecido fieles á la fe católica y á su legítimo pastor. El cisma y la herejía persiguiendo al Catolicismo, sin ceder

en nada en punto á ferocidad al paganismo cuando persigue al Cristianismo, le exceden siempre en hipocresía y en bajeza. La inmensa multitud de *juanistas*, hombres y mujeres, eclesiásticos y legos, fueron aprisionados y sufrieron horribles tormentos. Los palos y los azotes, el hierro y el fuego les fueron aplicados con una profusión horrible, y pereció un gran número de ellos en los más inauditos tormentos. San Eutropio y San Tigrio se señalaron de una manera especial en este combate, por el heroísmo de su paciencia y por la firmeza de su confesión; la Iglesia los venera como mártires. En medio de esta tormenta, los obispos y los sacerdotes, dispersos, desterrados, aprisionados ó muertos, habían desaparecido cuasi todos. Por consiguiente, la guía y el cuidado del rebaño fiel, cuyos pastores habían sido heridos, quedaron confiados, como sucede en semejantes circunstancias, á las mujeres, y éstas cumplieron su misión.

Santa Olimpiades y sus santas compañeras visitaban á los católicos aprisionados, los alimentaban, los consolaban y los defendían por todos los medios de que podían disponer, y sostenían su valor en las más rudas pruebas. Ellas presidían las reuniones de los fieles, y separaban al pueblo de la comunión sacrilega con Acacio, el lobo feroz que la corte había arrojado en medio del rebaño; ellas conservaban á este rebaño en la fe y en la comunión de su legítimo pastor.

Se hubiera dicho que San Juan Crisóstomo había nombrado á Santa Olimpiades su vicario general para que le representase en su ausencia, y gobernase la grande é importante iglesia de Constantinopla, privada de su pastor.

Se conservan muchas de las cartas que San Juan Crisóstomo escribió durante su destierro; las más considerables son las que escribió á Santa Olimpiades. En una de ellas le decía: «Haced todos los servicios que podais al obispo Marutas; haced los mayores esfuerzos para retirarle del precipicio (este obispo había cuasi flaqueado en la persecución). Procurad saber de él por qué ha ido y qué es lo que ha hecho, y hacédmelo saber. Si le habeis dado mis cartas, que os diga si ha hecho alguna cosa más en ese país, y si piensa hacer todavía algún bien. Tened un cuidado especial con lo que os voy á decir. Los monjes godos me han dicho que el diácono Meduario ha llevado á ésa la noticia de que Aubino, aquel gran obispo

que yo ordené tiempo há y envié á la Gotia, ha muerto despues de haber hecho allí grandes cosas; y que trae tambien cartas del rey de los godos, en que pide que se le envíe un obispo. Hacedle diferir su viaje (es decir, retardad, impedid la presentacion de sus cartas). Si las cartas llegasen en este momento, en que un patriarca cismático se halla á la cabeza del patriarcado de Constantinopla, tendria yo mucho disgusto al ver que el nuevo obispo que se ha de enviar á la Gotia era ordenado por los que han hecho tanto mal. Haced, pues, lo posible por impedirlo, pero sin ruido; haced, si es posible, que Meduario venga secretamente aquí; esto sería muy importante; pero si esto no es posible, haced lo que se pueda.» (Epist. 14.) Estas cartas son muy gloriosas para su autor. Ellas nos manifiestan que el santo patriarca, alejado corporalmente de su iglesia, á la distancia de más de seiscientas leguas, estaba presente en ella con su espíritu, y se ocupaba sériamente de las iglesias nacientes que dependian de su patriarcado. Pero las mismas cartas son todavía más gloriosas para la persona á quien fueron dirigidas. Ellas prueban la confianza que San Juan Crisóstomo tenía en el celo de Santa Olimpiades, en la sabiduría de sus consejos y en el poder de su actividad para los grandes intereses de la Iglesia. Ellas prueban que Santa Olimpiades estaba encargada por su obispo de impedir la caída de los obispos débiles y de trabajar en la eleccion de buenos obispos, es decir, de los negocios más importantes y más delicados de la administracion episcopal. Estas cartas prueban, en fin, que si el pueblo de Constantinopla, en la ausencia de su verdadero pastor, no fué arrastrado á la apostasia, fué por el cuidado y la actividad de esta incomparable mujer y de sus compañeras; y que por medio de ellas, como por sus principales agentes, continuó San Juan Crisóstomo gobernando su iglesia en los tres años de su destierro.

Entre tanto, estas santas mujeres no cesaban de hacer todos los esfuerzos posibles por justificar á San Juan Crisóstomo á la faz del mundo, y hacerle volver de su injusto destierro. Y tantas gestiones habian hecho, que la revocacion del destierro estaba ya cuasi decidida por los hombres, cuando Dios llamó á aquel gran confesor de la fe del destierro de este mundo á la patria del cielo. Si estas queridas hijas no tuvieron el consuelo de volver á ver á su santo padre vivo, tuvieron al ménos la satisfaccion de asistir á la vueltade su

santo cuerpo á Constantinopla, en medio de las lágrimas de arrepentimiento de la córte misma, y de los homenajes afectuosos del pueblo, lo cual fué para San Juan Crisóstomo un grande y bello triunfo.

El Soberano Pontífice, ante quien encuentra siempre proteccion y justicia el clero perseguido por el poder temporal en las diversas partes del mundo, hizo todo lo posible por defender á San Juan Crisóstomo miéntras vivió, y por vengar su memoria despues de su muerte. San Inocencio gobernaba entónces la Iglesia universal. Este celoso Pontífice le dirigió desde luégo cartas de *comunión con la Santa Sede*, en las que le consolaba y le animaba á sufrir con paciencia la persecucion por la causa de la verdadera fe, con el testimonio de su buena conciencia. San Juan Crisóstomo se llenó de consuelo con estas cartas, y tributó al Papa en la forma más respetuosa y más afectuosa el más vivo reconocimiento. Al mismo tiempo escribió San Inocencio en los términos más enérgicos al Emperador y al pueblo de Constantinopla, declarándoles que Acacio era un patriarca intruso, y que Juan era su pastor legítimo. Él envió tambien cartas á los obispos de todo el Oriente, en las que justificaba de todas las acusaciones al santo obispo desterrado, y le llamaba *el primero de nuestros hermanos, que está íntimamente unido á Nos por la sociedad de la misma fe*.

Pero la mujer católica tampoco fué extraña á la brillante justicia que la Santa Sede hizo entónces á las virtudes y al mérito de San Juan Crisóstomo; porque desde los primeros momentos de la persecucion envió el santo obispo á Roma uno de sus sacerdotes para que informase al Soberano Pontífice de lo que sucedia en Constantinopla, y no le dió más cartas de recomendacion que para las santas matronas Santa Falconia, Santa Juliana y Santa Demetriades (de quienes hablaremos despues), en cuyos corazones se habia refugiado entónces toda la grandeza del carácter romano, cuyo celo por la fe y cuyo afecto á la Iglesia se habian hecho célebres en toda la Iglesia. Á ellas encomendó el príncipe de la elocuencia cristiana los negocios de su Iglesia y sus propios negocios; ellas fueron las que ilustraron la opinion romana é informaron al Sumo Pontífice de la cualidad de los hombres, y de las verdaderas causas que turbaban todo el Oriente; de modo que San Juan Crisóstomo no encontró apoyo en su administracion ni consuelo en sus penas, sino

en el corazón del Pontífice y en el corazón de la mujer católica; y su historia no es otra cosa que un magnífico argumento en favor de la justicia de la Santa Sede y de la adhesión de la mujer católica á los intereses de la Iglesia.

§ XXI.—Los cuatro principales Padres de la Iglesia latina, instruidos también por las mujeres.—San Agustín y Santa Mónica.—San Jerónimo, dedicado por causa de las mujeres al estudio de la Escritura Santa.—Sus inmortales cartas son una inspiración de ellas.—San Ambrosio debió á su madre y á Santa Marcelina, su hermana, su espíritu de pureza.—Se deben también á Santa Marcelina los libros *De las vírgenes*, de este doctor.—Confesión que él hace de que la vida santa de las vírgenes fué lo que le suministró el asunto y las bellezas de estos libros.

Si de los cuatro Padres principales de la Iglesia griega pasamos á considerar los cuatro Padres principales de la Iglesia latina, San Agustín, San Jerónimo, San Ambrosio y San Gregorio el Grande, hallaremos que éstos también debieron en gran parte á las mujeres el haber sido tan grandes bajo el aspecto de la doctrina y de la santidad.

En cuanto á San Agustín, es indudable que Santa Mónica, con sus oraciones y sus lágrimas, le dió á luz más felizmente á la vida de la gracia que á la vida de la naturaleza. Pueden verse en la quinta homilía sobre *las mujeres del Evangelio* los dolores y las penas que esta heroica madre sufrió para atraer á Agustín al Cristianismo; de modo que á una mujer es á quien debe la Iglesia, después de Dios, este gran genio, el primero de sus doctores, cuyo maestro fué San Pablo, y cuyo comentador fué Santo Tomás.

San Jerónimo tenía un gusto innato por los libros santos; pero este gusto se desarrolló en él, y se aumentó hasta el punto de hacerle el intérprete más grande del sagrado Código, por la influencia del espíritu cristiano y de la piedad de las mujeres. Él mismo nos dice que, habiéndole obligado Santa Paula y su hija Santa Eustoquia á recorrer con ellas los dos Testamentos (1), y exigiéndole que les diese á conocer su sentido espiritual, le pusieron en la

(1) « Paula compellit me ut vetus et novum Testamentum, cum filia, me disserente, perlegeret. (*Ad Eustoch., De laud. S. P.*)

necesidad de penetrar cada vez más este sentido importante, y de enriquecerse cada vez más con aquella ciencia con que enriqueció después á la Iglesia. Las santas mujeres de su escuela, de quienes hablaremos después, le pusieron también en la necesidad de traducir del original hebreo el Antiguo Testamento. No hay más que recorrer los prefacios de sus sabios comentarios sobre los diferentes libros de la *Biblia*, dedicados casi todos á las mujeres, para convencer de que él se dedicó á aquellos grandes trabajos por sus instigaciones y por sus súplicas. Es indudable que Dios, como la Iglesia lo ha reconocido, hizo de San Jerónimo el más grande doctor de la Iglesia con respecto á la ciencia de los libros santos (1); pero fué por el concurso y las santas inspiraciones de las mujeres (2).

En cuanto á la obra maestra de sus cartas, á las que no existe nada semejante en ninguna lengua, y que han sido y serán siempre la admiración de los verdaderos teólogos, de los verdaderos poetas y de los verdaderos literatos, es indudable que deben particularmente á la influencia de la mujer católica esa unción piadosa, esos pensamientos delicados, esos movimientos afectuosos y ese ascetismo encantador que forman su principal mérito. « La casta sociedad de las mujeres, dice M. Capéfigo, le había dado una exaltación íntima y entusiasta por todo lo que era puro y noble en ellas. Con esta exaltación ardiente defendió la virginidad de María. (*Contra Elvidium.*) La antigüedad no ofrece otro modelo superior á las cartas de San Jerónimo, dirigidas á la noble y piadosa Paula. San Jerónimo arrebató, porque habla á los sentimientos más verdade-

(1) « Deus, qui B. Hieronymum, in interpretandis Scripturis, doctorem maximum effecisti. » (*Orat. Mis.*)

(2) Lo más admirable es que, después del Pontífice romano, las personas que más le obligaban á hacer estos trabajos, y que los dividían en cierto modo con él, hasta el punto de aprender el hebreo, fueron las primeras señoras de Roma, las descendientes de los Escipiones, de los Gracos, de los Paulo Emilios, de los Fabios, de los Marcelos y de los Julios; las hijas, las esposas y las viudas de los prefectos y de los cónsules. Una de las mayores ocupaciones del santo doctor, durante su permanencia en Roma, fué la de responder á las señoras romanas que le consultaron acerca de la Escritura Santa. Pues por mucho cuidado que su modestia le hizo tener para evitar su encuentro, ellas lo tenían mucho mayor para buscarlo. (Rohrbacher, *Hist. Eccl.*, t. VI, pág. 183.)